

DOSIER: EL DOLOR DE LOS DEMÁS. MIGUEL ÁNGEL HERNÁNDEZ.



7ª TERTULIA 27 DE MARZO DE 2025 A LAS 18:00 HORAS.

CENTRO INTERGENERACIONAL

PLAZA TIRSO DE MOLINA S/N

Miguel Ángel Hernández
El dolor de los demás



ANAGRAMA
Colección Compactos

ÍNDICE.

1.BIOGRAFÍA, OBRA Y PREMIOS.	3
'Anoxia', de Miguel Ángel Hernández, gana el premio Libro del Año Región de Murcia 2023	4
2. ACERCA DEL LIBRO.	6
El dolor de los demás, Miguel Ángel Hernández	6
3.ENTREVISTAS.	10
Entrevista a Miguel Ángel Hernández: “Uno difícilmente escapa de sus obsesiones”	10

1. BIOGRAFÍA, OBRA Y PREMIOS.

[El don de la siesta](#) Miguel Ángel Hernández Navarro (Murcia, 1977) es escritor y profesor de Historia del Arte en la Universidad de Murcia. Ha sido director del [CENDEAC](#) (Centro de Documentación y Estudios Avanzados de Arte Contemporáneo) de Murcia, Research Fellow del [Clark Art Institute](#) (Williamstown, Massachusetts) y [Society Fellow de la Society for the Humanities](#) (Cornell University). Ha sido investigador principal del proyecto de I+D *Temporalidades de la imagen: anacronismo y heterocronía en la cultura visual contemporánea* y forma parte del Grupo Estudios Visuales: Imágenes, Textos, Contextos. Es subdirector de VISUM, el Centro de Estudios Visuales de la Universidad de Murcia.

Sus áreas de interés son el arte, la teoría y la cultura visual del mundo contemporáneo, con un especial énfasis en las visualidades de resistencia, tecnología, las políticas migratorias y las temporalidades antagónicas. Ha colaborado en revistas como *Exitbook*, *Manifesta Journal*, *Aut-Aut*, *Estudios visuales*, *Debats* o *Revista de Occidente*. Es autor de varios ensayos de arte contemporáneo y cultura visual: [El arte a contratiempo. Historia, obsolescencia, estéticas migratorias](#) (Madrid, 2020), [El don de la siesta](#) (Barcelona, 2020), [Materializar el pasado. El artista como historiador \(benjaminiano\)](#) (Murcia, 2012), [Art and Visibility in Migratory Culture](#) (Ámsterdam, 2011; editor, junto a Mieke Bal), [Robert Morris](#) (San Sebastián, 2010), [2Move: Video Art Migration](#) (Murcia, 2008; con Mieke Bal), [El archivo escotómico de la modernidad: pequeños pasos para una cartografía de la visión](#) (Madrid, 2007), [La so\(m\)bra de lo Real: el arte como vomitorio](#) (Valencia, 2006), [Impurezas: el híbrido pintura-fotografía](#) (Murcia 2004, junto Pedro A. Cruz) o [Cartografías del cuerpo](#) (editor, junto a Pedro A. Cruz).

Entre sus libros de ficción se encuentran: [Cuaderno \[...\] duelo](#) (Murcia, 2011), [Infraleve: lo que queda en el espejo cuando dejas de mirarte](#) (Murcia, 2004), [El bebedor de lágrimas](#) (Murcia, 2008) o [Demasiado tarde para volver](#) (Murcia, 2008). Su primera novela, [Intento de escapada](#) (Barcelona, Anagrama, 2013; semifinalista del XXX Premio Herralde de Novela, Premio Ciudad de Alcalá de Narrativa y Premio La Culturería) ha sido traducida al francés (Éditions du Seuil), alemán (Wagenbach), italiano (E/O Edizioni), inglés (Hispanbooks) y portugués (Betrand Brasil). Su segunda novela, [El instante de peligro](#), también publicada por Anagrama, ha sido finalista del XXXVIII Premio Herralde Novela. [El dolor de los demás](#) (Anagrama, 2018) fue galardonada con el Premio Libro Murciano del Año y ha sido traducida al francés (Globe), italiano (Keller Editore) y próximamente verá la luz en inglés (Other Press). Su última novela, [Anoxia](#) (Anagrama, 2023), también será publicada en inglés por la editorial Other Press.

Es autor de los diarios: [Presente continuo](#) (Murcia, 2015), [Diario de Ithaca](#) (Murcia, 2017) y [Aquí y ahora](#) (Madrid, 2019). Escribe semanalmente en el diario La Verdad su próximo diario: *Tiempo por venir*.

También ha sido comisario de exposiciones como *Impurezas* (Murcia, 2002), *Peripheries of the Body* (Nueva York, 2006), *2Move: Double Movement/Migratory Aesthetics* (Murcia, Enkhuizen, Oslo, Belfast, 2007-2008, con Mieke Bal), *Ursula Biemann: Sahara Chronicle* (Murcia, 2008), *Mieke Bal: La última frontera* (Murcia, 2011), *Tiempo material* (Pekín, 2018) o *Contaminaciones* (Murcia, 2021).

Desde 2013 colabora con el grupo curatorial [1er Escalón](#) en la organización de exposiciones y actividades culturales. Entre las exposiciones comisariadas con este grupo, destacan: *Gramáticas de la temporalidad* (Murcia, 2016) o *Tiempos suspendidos* (Murcia, 2020).

'Anoxia', de Miguel Ángel Hernández, gana el premio Libro del Año Región de Murcia 2023

LA VERDAD

Miércoles, 11 de diciembre 2024, 13:35 | Actualizado 18:10h.



El escritor y profesor Miguel Ángel Hernández, en una imagen de archivo. **Martínez Bueso**

EL DOLOR DE LOS DEMÁS. MIGUEL ÁNGEL HERNÁNDEZ.

El escritor Miguel Ángel Hernández Navarro, profesor de la Universidad de Murcia (UMU), es el ganador del premio Libro del Año Región de Murcia con 'Anoxia' (Anagrama). Así lo dio a conocer este miércoles la Fundación de Amigos de la Lectura, entidad que convoca el premio con el apoyo de la UMU, la Consejería de Cultura, Juventud y Deportes, y la Fundación Cajamurcia. El rector, José Luján; la presidenta de la Fundación 'Amigos de la Lectura', Encarnación Martínez; y el director de la Biblioteca Regional de Murcia, Juan José Lara, fueron los encargados de dar a conocer el fallo en una rueda de prensa celebrada en la Convalecencia.

El jurado destaca que 'Anoxia' «desde la fotografía antigua, se enlaza con el territorio del Mar Menor y las consecuencias de su deterioro. Así, consigue captar el límite entre la vida y la muerte como una forma de captar la agonía del Mar Menor. E, igualmente, conocer los pueblos limítrofes y la vida en ellos cuando ya no hay veraneantes ni turismo. Es una novela de la tierra». [Miguel Ángel Hernández ya fue en 2018 ganador](#) del premio, que hasta esta edición recibía la denominación de Libro Murciano del Año, con su novela 'El dolor de los demás'.

2. ACERCA DEL LIBRO.

El dolor de los demás, Miguel Ángel Hernández

[Lecturas](#)

Por [Mario Aznar](#)

ADVERTENCIA: *El dolor de los demás* no va sobre un chaval que asesina a su hermana y luego se suicida saltando por un barranco en los alrededores de la huerta murciana: hay libros que merecen ser leídos desde lo que no son.

Dicho esto, están los tuits, las etiquetas de champú y las fichas de FilmAffinity; luego ya, si queda algún tonto en la sala, las lecturas sosegadas y atentas del libro. Esto, pero con menos soberbia, es lo que busca ser mi reseña de *El dolor de los demás*, la última novela de **Miguel Ángel Hernández**. Cuando escribo estas palabras todos los medios de comunicación del país ya se han hecho eco de la publicación de la novela, que va por su tercera reimpresión en menos de seis meses. Salvo buenas, bastantes y muy merecidas excepciones, esta novela ha generado mucho de eso: eco. Pero como escribió **Borges** en el prólogo a su *Poesía completa*: «esto acaso no es nuevo, pero a mis años las novedades importan menos que la verdad».

Todo el mundo sabe ya cuál es la premisa de esta novela, entre otras cosas porque se cuenta en el extenso texto de contraportada al que nos tiene acostumbrados **Anagrama**:

En la Nochebuena de 1995, el mejor amigo de Miguel Ángel Hernández asesinó a su hermana y se quitó la vida saltando por un barranco. Ocurrió en un pequeño caserío de la huerta de Murcia. [...] Veinte años después, cuando las heridas parecen haber dejado de sangrar y el duelo se ha consumado, el escritor decide regresar a la huerta y, metiéndose en la piel de un detective, intenta reconstruir aquella noche trágica que marcó el fin de su adolescencia.

Como si fuera un mantra, sabemos de memoria y repetimos que la novela está inspirada en unos hechos reales con fecha, lugar y nombres propios. Unos hechos más o menos insólitos que despiertan la curiosidad y el morbo de cualquiera, pero que, dicho sea de paso, ocurren a todas horas en cualquier esquina del globo; en rascacielos, patatales, colinas, avenidas y plantaciones de arroz. De hecho, los telediarios nos surten con demasiada frecuencia de casos como el del Nicolás y la Rosi (el pueblo de Santomera guarda un condescendiente silencio al respecto).

No sé si hay un mérito personal —debate en el que no entraré— en el hecho de enfrentar de forma explícita un suceso traumático a sabiendas de que puedes incluso herirte a ti mismo. Si ese mérito personal existe —no lo descarto—, en ningún caso puede ser la vara que utilicemos para *medir* una obra literaria.

EL DOLOR DE LOS DEMÁS. MIGUEL ÁNGEL HERNÁNDEZ.

Que **Knausgård** ridiculice a su vecino puede hacer que lo veamos como a una persona valiente o sin escrúpulos, pero nunca como a un escritor pésimo o extraordinario. El tiempo hará que olvidemos al vecino y quién sabe si también a Knausgård. En este caso, el mérito de Miguel Ángel Hernández reside en haber escrito una gran novela a partir de un suceso *banal*: **no hay un monstruo ni una gran mente criminal detrás de esta historia, sino un joven normal, un vecino, un compañero de juegos, un amigo.**

Tenemos un crimen del que lo sabemos todo menos el porqué, tenemos la relación personal del autor con los protagonistas del suceso, tenemos un escenario peculiar o al menos infrecuente en la literatura actual, y tenemos, además, algún que otro daño colateral. Sin embargo, persiste la sensación de que la novela queda todavía al otro lado. Se dice que hay más de cien arañas por metro cuadrado. Aunque no voy a jugármela con estadísticas criminales, exagerando un poco es fácil pensar que cualquiera ha compartido ascensor con un asesino. Entonces, si nada de esto es tan original, **¿qué pasa con *El dolor de los demás*? ¿Por qué es una de las mejores novelas del año?**

Primero hay que separar el *marketing* de la literatura. Las etiquetas sirven para vender libros, ir a festivales, redactar fajas y dar conferencias, pero no para comprenderlos ni para establecer una relación profunda con el texto. Quien se acerque a *El dolor de los demás* queriendo indagar en la vida del escritor, conocer los detalles del crimen de Los Ramos o sumergirse en una vertiginosa investigación detectivesca estará solo a las puertas de lo que la novela ofrece. Miguel Ángel Hernández sacrifica las intrigas y el estilismo de su prosa en favor de una estructura compleja y perfecta, haciendo que su novela comparta con el género ensayístico la forma de proceder, no de forma lineal y progresiva, sino por acumulación en torno a una idea central: **la experimentación — que solo puede ser presente— de un pasado doloroso.**

En el libro se intercalan, por un lado, la narración en primera persona del proceso de proyección, investigación y elaboración de una novela sobre un crimen sucedido hace años, y, por otro, breves narraciones en segunda persona que registran fragmentos de lo ocurrido en 1995. **El gran acierto de la segunda persona, tan inusual, es que su forma directa de interpelar al lector lo convierte en protagonista.** Este mecanismo de inmersión es el responsable del suspense que la novela genera, pues como lectores *sentimos* y descubrimos lo mismo y al mismo tiempo que el joven «amigo íntimo del homicida», desde cuya mirada nos acercamos a los hechos. El resto tiene menos que ver con un caso de asesinato que con la representación literaria de una elevada conciencia del dolor y de la pérdida, no tanto de una figura física como de un espacio, un tiempo y una identidad. El narrador emprende una recuperación del pasado que lo disuelve definitivamente; trae ese pasado al presente y por eso mismo lo hace desaparecer como pasado. **En su lugar queda un vacío, un hueco, que es de algún modo la novela.**

En la fotografía de la portada hay una silueta de color amarillo, una elipsis visual, que cobra protagonismo en la cubierta precisamente por estar desaparecida, por representar una ausencia. Más allá de las referencias históricas del documento, esa silueta es metafóricamente la novela, el narrador y Nicolás. **Toda la trama está tejida a partir de y en torno a la decisión más o menos voluntaria de olvidar, de omitir, de**

dejar pasar, que el personaje del narrador toma en su juventud respecto del crimen de su amigo Nicolás. Pero ¿es el chico tímido y sobrecogido que entrevistan en RTVE la misma persona que veinte años después analiza y piensa aquellas imágenes de archivo? Al mismo tiempo, el propio Nicolás —motor de la historia— no es en ningún momento una verdadera presencia. Está ahí, se le nombra y se le describe como a una silueta amarilla que fuera protagonista por no ser, o mejor dicho, por no ser el *mismo* y, a pesar de todo, seguir siéndolo.

«Porque él nunca ha sido una voz. Nunca nada que saliese al exterior. Solo un cuerpo escurridizo. Un cuerpo que corre y jamás logras atrapar». Es interesante esa imagen del cuerpo voluble. El cuerpo, que *a priori* es la representación principal de la presencia, en la novela simboliza todo lo contrario, pues en su autonomía no logra echar raíces ni conectar con lo que está fuera de él. De ese modo la figura de Nicolás se desplaza constantemente entre las facetas del amigo y del asesino, del hijo y del vecino, del primo y del violador, del hermano y del monstruo, sin detenerse en ninguna de ellas y sin permitir —lo que es más complejo y meritorio— que el lector haga lo propio decidiéndose al final por una imagen nítida, bien enfocada, determinante, de Nicolás.

Que el autor haya dejado a un lado las referencias recurrentes y explícitas a filósofos, teóricos y escritores contemporáneos no significa que no exista en esta novela un potente sustrato intelectual (ahí están los ojos sebardianos de **Alfredo Jaar**), que sin duda le aportan solidez y le ayudan a interpretar una vivencia casi como una instalación artística. Pero que haya voluntad de interpretar, ¿significa que hay un sentido? «La respuesta es la desgracia de la pregunta», que escribió **Blanchot**. Sin duda el autor de *El dolor de los demás* hace honor a estas palabras en la ejecución extraordinaria de un final difícil como el de todas las historias sin final. Es un desenlace que tiene a **Beckett** como héroe moral y al *naufragio* como símbolo de la épica del fracaso, dejando apenas esbozada la línea del horizonte de una brillante reflexión sobre las posibilidades de la escritura para cerrar o para abrir heridas. **La novela se desarrolla en armonía con la idea de que la respuesta y la resolución son algo que solo puede darse en diferido**, y quizá esté bien que así sea por el solo hecho de que hay respuestas que nunca seremos capaces de aceptar.

Este libro, tal y como lo plantea el propio narrador, responde a la voluntad de no apartar la mirada frente a aquello que nos perturba. **Pero decidir mirar al sol no significa ver el sol, sino solamente —y no es poco— decidir mirarlo.** Con esta metáfora un poco torpe me gustaría resumir el verdadero hallazgo que hay detrás de la novela, y que —pienso ahora— quizá sea la causa de que haya llegado a tantos lectores. La novela no se agota en su final ni tampoco en la historia de un tipo que mata a su hermana y se quita la vida. Si este libro sigue interesando dentro de muchos años no será por lo que cuenta sino por cómo lo cuenta; por la sensibilidad de su mirada y por la destreza en el manejo de un recurso limitado, como es el lenguaje, para abordar algo tan vasto y abismal como son nuestras emociones y la forma que tenemos de relacionarnos con ellas.

Como en sus dos novelas anteriores —muy diferentes en casi todo lo demás—, Miguel Ángel Hernández conquista al lector con un lenguaje próximo y un tono confesional

que nos hacen bajar la guardia y sentirlo muy cerca, pero cuando pensamos que el narrador es alguien como nosotros, casi un amigo que va a contárnoslo todo, se levanta y reclama su derecho de rebelión (recuerdo esa imagen potentísima de la subversión y la irreverencia que es comerse el arroz con cuchara). Es entonces cuando la imagen se nubla, cobra una textura arenosa como la de una película de vídeo de mala calidad, las figuras se difuminan, **lo que leemos nos conmueve porque nos tocan más los efectos corrosivos del tiempo y la ternura del tratamiento que la experiencia verdadera de un crimen violento**, nuestro juicio tiembla tanto que no se deja atrapar por la lente —amigo, hijo, primo, vecino, hermano, asesino— y lo que vemos en un segundo plano, pero con un protagonismo aplastante, es una silueta amarilla: el hueco que deja, una vez leída, esta gran novela.

PS: Autoficción (vaya, no he podido resistirme).

3. ENTREVISTAS.

Entrevista a Miguel Ángel Hernández: “Uno difícilmente escapa de sus obsesiones”

El nuevo libro del escritor e historiador del arte recopila textos que escribió en revistas especializadas, catálogos de exposiciones, suplementos culturales e incluso en las paredes de una galería.

por Nieves B. Jiménez

4 diciembre 2024

Yo estoy en la imagen, de Miguel Ángel Hernández, escritor y profesor de Historia del Arte en la Universidad de Murcia, existía ya mucho antes de plantearse como libro. Eran textos escritos en los últimos 15 años, nacidos en los alrededores de otros proyectos “mayores”. Los hemos visto publicados en los medios y formatos más diferentes: en revistas de arte, libros de artista, en catálogos de exposiciones, suplementos culturales en páginas web o incluso en las paredes de una galería. Y germinaban también en *Infraleve. Lo que queda en el espejo cuando dejas de mirarte* (Editora Regional de Murcia) o *El dolor de los demás* (Anagrama). Muchos están modificados, reescritos, incluso reformados por completo. La cuestión es que estaban en medio de ninguna parte. Hasta que han encontrado el lugar preciso, que no es otro que el hecho de estar juntos en este libro, editado por el sello Acantilado.

Su libro más extraño, asegura...

Sí, porque el lector encontrará ensayos, memorias, narraciones de no-ficción, narraciones de ficción, textos híbridos... diferentes formas e incluso estilos. Diferentes formas textuales que, sin embargo, están atravesadas por obsesiones y temas que se repiten –duelo, memoria, tiempos entrelazados, ruinas del futuro, la ética de la mirada– y que, sobre todo, están hiladas por una misma cuestión: la intuición de que para experimentar una imagen es necesario habitarla, dejarse tocar por ella, estar en ella.

¿Dónde se ha sentido más cómodo?

Creo que es precisamente en ese camino de en medio en el que me siento más cómodo, en el lugar en el que ensayo y narración, ficción y realidad, memoria y

EL DOLOR DE LOS DEMÁS. MIGUEL ÁNGEL HERNÁNDEZ.

observación de la realidad se dan la mano, en ese intersticio que me permite explorar, probar... ensayar.

Y uno de sus mejores trabajos, y mire que ya van unos cuantos buenos...

No sé si será uno de los mejores, pero sí que me siento muy contento con el resultado. Algunos de esos textos surgieron después de muchos meses de trabajo y dedicación. Muchos pasaron desapercibidos porque se publicaron en catálogos de artista que nadie ha leído. En cierta manera tenía también una deuda con ellos, con todo ese trabajo y esos hallazgos que estaban en una especie de limbo, a la espera también de lectores.

Le acompaña el tema de la muerte de sus padres, la memoria... La dedicatoria a sus padres es clave. ¿Es *Yo estoy en la imagen* una especie de culminación?

No sé si será una culminación, porque uno difícilmente escapa de sus obsesiones, pero sí que cierra algunas cuestiones y líneas que había tratado desde la ficción. O más que cerrarlas –nunca nada se cierra del todo–, las modula y en ocasiones hasta las lleva hacia otro lugar, les da una vuelta... insiste sobre ellas. Esta es, tal vez, la idea que me gustaría apuntalar: la insistencia. Vila-Matas ha escrito mucho sobre ella. Nunca terminamos de solucionar un problema, sino que insistimos sobre él. Y creo que aquí es lo que hago. Insistir sobre el duelo, sobre la biografía, sobre la memoria. Y hacerlo de un modo diferente al de la novela o el ensayo, desde un lugar intermedio y con la ayuda de las imágenes. La dedicatoria conjunta a la memoria de mis padres, aun a pesar de haber sido tema de muchos de mis libros, la tenía pendiente. Y aquí es también una clave de lectura. Están presentes –en su ausencia– en muchos de los capítulos del libro.

Torrente Ballester decía que la literatura confiere al mundo los desenlaces de los que este carece.

En cierta manera, la literatura nos sirve para generar sentido a lo que, en realidad, no lo tiene. Porque la vida no tiene narrativa. Pero necesitamos inventar una. Y ese relato que nos damos y que damos a los demás es lo que configura nuestra experiencia de la realidad. Necesitamos historias para comprender la vida. Y aún más para comprender la muerte.

¿De no haber expresado el duelo, quizá no habría podido enfrentarse a sus otros libros?

Puede ser, sí. En realidad, el duelo por la muerte de los padres está presente y se filtra en mucho de lo que he escrito, pero nunca he llegado a escribir “el libro de duelo por los padres”. En los diarios hay una presencia en varios momentos. En *Cuaderno [...] duelo* hay un cuento sobre la muerte de mi madre y otro sobre la muerte de mi padre. En *El dolor de los demás* su muerte aparece de fondo. Y en estos textos el duelo se filtra en la experiencia de ciertas imágenes, que hacen emerger el recuerdo. Pero, como decía, no he escrito un libro explícito dedicado a ellos. En lugar de eso, el duelo y la memoria se han filtrado en los demás libros y textos que he escrito. Se podría decir que es “mi tema”. Aunque no haya sabido escribir el gran libro pendiente. Al menos, me quedan las dedicatorias.

¿Cómo ha sido el proceso de creación?

La génesis es muy sencilla. Durante los últimos años, mientras escribía mis novelas y mis ensayos académicos, escribía estos textos que para mí eran una especie de laboratorio. Se publicaron en los medios y formatos más diferentes: en revistas de arte, en libros de artista, en catálogos de exposiciones, en suplementos culturales en páginas web o incluso en las paredes de una galería. Un laboratorio formal y también un laboratorio de ideas. Textos libres que disfrutaba escribiendo, pero que luego no encontraban un lugar preciso. Estaban en medio de ninguna parte. Un día miré hacia atrás y vi que ahí había algo que podía funcionar. Se los envié a mi agente, Marina Penalva, y ella fue quien me animó. Fue la primera que vio ahí un libro. Después llegó el trabajo de armarlo todo, pensarlo, darle un sentido. Y ahí ayudó también bastante la visión de Sandra Olló. El caso es que todos esos textos sin lugar encontraron el lugar preciso, que no era otro que el hecho de estar juntos en este libro.

Cómo las palabras, las imágenes, el arte, llenan nuestra memoria y nos ayudan a asumir el duelo...

Las palabras y las imágenes –también los objetos– son la clave para recordar a quienes ya no están. Las historias que contamos, las fotografías que conservamos, el resto material de una vida que se fue. De algún modo, necesitamos todo eso para no olvidar del todo, pero también pueden tener un peligro, que es quedarnos a vivir en ellos, que se conviertan en un nuevo hogar y no sepamos mirar al futuro. Es el peligro de la

melancolía, donde el objeto y la palabra del pasado son más fuertes que la vida del presente. Eso nos inmoviliza. Así que necesitamos palabras e imágenes, pero también debemos darles un sentido y avanzar hacia delante.

¿Nos explican los recuerdos?

Somos lo que recordamos, aunque en algún momento Lacan dijera que “ser no es más que olvidar”. Somos memoria. Pero la memoria es siempre una construcción que hacemos desde el presente. Así que eso que somos es también una ficción, un relato que nos damos, muchas veces de modo inconsciente.

¿De qué forma el pasado determina el presente?

De todas las formas. No hay presente sin pasado. De hecho, la estructura del tiempo es compleja. El pasado siempre está reverberando en cada instante del presente. No es posible establecer un corte. Toda experiencia del presente es ya pasado, aunque sea de un microsegundo. Percibimos –si por percibir queremos decir interpretara el mundo en diferido.

El instante. Lo que queda en el espejo tras mirarte parece que queda en el olvido y, sin embargo, sigue en nuestra memoria...

Lo que queda en el espejo cuando dejas de mirarte, el subtítulo de mi primer libro de cuentos. Habla precisamente de todas aquellas cosas que no podemos ver pero sabemos que están ahí, de todo aquello que no es cuantificable, medible, apresable, pero existe. Es una medida simbólica, poética incluso, de la realidad. ¿Qué queda en el espejo de nuestra mirada? Nada, claro. Nada tangible. Pero sí que hay una presencia poética. Algo estuvo allí. De algún modo. Y si lo recordamos ese algo adquiere un peso en nuestra experiencia.

¿Entre dos instantes perceptibles siempre hay uno imperceptible?

Percibir, como decía, siempre es interpretar, aunque sea inmediatamente. El propio “instante” es una interpretación, un recorte de una sucesión continua que nosotros decidimos interpretar como algo diferente. En una realidad, no existe más allá de nuestra capacidad para identificarlo como tal. Así que todo instante, por verlo como tal, es siempre perceptible.

Pérez Galdós en *Fortunata y Jacinta*: “Por doquiera el hombre va lleva consigo su novela”. ¿Todos llevamos un libro en nuestro interior?

Todos llevamos historias. No una, sino cientos. Pero no todas las historias tienen por qué acabar en la forma de libro. De hecho, no deberían. Hay historias que se quedan en la barra de un bar, en el asiento de un taxi o en la cola del pan. No siempre se convierten en libro. No hace falta.

Walter Benjamin, Roland Barthes, Sontag... Sus obras siguen teniendo una actualidad extraordinaria

Son autores infinitos. Vuelvo a ellos una y otra vez. Cada vez que los leo me dicen algo diferente. Y, sobre todo, vuelvo a ellos porque su prosa es espectacular y emocionante. Son escritores con mayúscula. Pero es cierto que también hay que saber “cuándo” escriben. Debemos situar las obras en su contexto y saber que no se trata de una filosofía universal y para todos los tiempos. El mundo ha cambiado mucho. Aun así, algunas ideas nos sirven hoy, reformuladas y moduladas, para entendernos y entender nuestra relación con las imágenes.

Cuánto expresa esta frase de Benjamín: “Sólo concebimos la felicidad en el aire que una vez respiramos”...

En realidad, esa frase es la primera mitad de una de las *Tesis sobre la historia* (la número dos), pero Benjamín no se queda ahí. Porque eso sería decir que sólo hay felicidad en el pasado. Para él, algo de ese aire sigue en el presente, nos toca y nos habita. Dice: “¿Acaso no nos roza a nosotros también una ráfaga del aire que envolvía a los de antes?”. Es decir: el pasado sigue aquí con nosotros. Y con él, la posibilidad de

EL DOLOR DE LOS DEMÁS. MIGUEL ÁNGEL HERNÁNDEZ.

redimirlo, de transformarlo. En realidad, Benjamín defiende que el aire de pasado sigue estando aquí, de un modo u otro, también como esa mirada invisible depositada en el espejo.

Es un libro que habla de pérdidas, pero también de ganancias, y con ganancias me refiero a lograr esa especie de salvación que necesitamos

Habla de pérdidas, pero también de encuentros, y sobre todo de responsabilidades, como por ejemplo las que todos tenemos como espectador. Nos dicen que los medios nos manipulan, que ya no vemos nada, que estamos ciegos. Y nos victimizan a quienes en realidad no queremos ver. El libro apunta hacia la necesidad de tomar partido cuando decidimos mirar o cerrar los ojos. Y también habla de futuros posibles, sobre todo en algunos textos de ciencia ficción que buscan preguntarse por lo que nos quedará de la memoria, de las imágenes y de nosotros mismos en los próximos años, qué ganaremos y también qué perderemos.

Tras esta reunión de textos tan dispares, ¿qué le interesa de la literatura?

Me interesa todo. A veces creo que demasiadas cosas. Por eso cuando entro a alguna librería acabo arruinado. Porque me interesan cuestiones sobre las que estoy escribiendo, pero también sobre las que he escrito, que siempre las acarreo. Si alguien entrase en mi biblioteca descubriría libros de filosofía, novelas, ensayos sobre arte, sobre sexo tántrico, apariciones marianas, satanismo, control mental, historia política, espiritismo, música... qué sé yo, de todo.

Recuerdo que Tatiana Abellán le pidió, no hace mucho, su microbiografía en seis palabras. “Siempre he buscado el mismo lugar”, le dijo usted. ¿Lo sigue buscando?

Sigo en lo mismo, sí. Aunque cada vez más voy intuyendo que ese lugar tal vez sea precisamente el de la propia búsqueda. Buscar un lugar también es un lugar.

Empieza uno tratando de averiguar el escritor que quiere ser y acaba descubriendo el escritor que puede ser, dice Martínez de Pisón en *Ropa de casa*, ¿Ha llegado a esta conclusión también?

Pisón es un sabio. Y es cierto que entre el escritor que uno quiere ser y el que puede ser hay una distancia abismal. Pero que haya distancia no significa que no exista un camino. De hecho, el escritor que uno puede ser, en el fondo, depende mucho del escritor que uno quiere –o ha querido– ser.

Historias de papel. Entrevista de Manuel Pedraz a Miguel Ángel Hernández.
04/11/2018

<https://www.rtve.es/play/audios/historias-de-papel/miguel-angel-hernandez-dolor-demas-historias-papel/4821872/>